

Archivos del PC

Intervención de Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros (1969)

Queridos camaradas:

No hay deber revolucionario más grande que el propósito que nos ha reunido: desarrollar la unidad de acción del movimiento comunista, ponernos de acuerdo en las tareas esenciales que a todos nos incumben en la situación actual del mundo.

Tal deber corresponde por entero a los intereses de los pueblos, de la humanidad progresista, a la necesidad perentoria de dar un apoyo todavía más activo al heroico pueblo vietnamita, a todos los que combaten contra el imperialismo.

A mayor unidad internacional de los comunistas, mayor eficacia en nuestra lucha. No hay militante revolucionario, no hay obrero consciente que no comprenda el valor de la unidad como arma de combate contra sus enemigos de clase.

El Partido Comunista de Chile considera que el Documento principal y demás proyectos de declaraciones sometidos a la resolución de esta Conferencia por la Comisión Preparatoria cumplen con los propósitos que animan nuestra reunión y constituirán, por ello, valiosos instrumentos para elevar a mayor altura la acción unida del movimiento comunista.

No tenemos dudas de que esta Conferencia es y será, además, un paso muy importante en la lucha por la cohesión internacional de nuestras filas en torno a los principios del marxismo-leninismo. También queremos destacar como algo muy positivo el hecho de que esta Conferencia y los documentos que examina han sido preparados con la participación activa de los partidos concurrentes a esta cita. Cada uno de ellos ha tenido y tiene la oportunidad de expresar ampliamente sus opiniones, sin límite de tiempo. Lo que prima en esta reunión no son las diferencias, pero las que existen, sobre uno que otro asunto, han sido expuestas de manera abierta y fraternal, lo cual nos parece que es otro mérito del encuentro. El hecho de que se expongan no nos alarma, porque es más saludable expresarlas y confrontarlas con las demás opiniones. Confiamos en que tales apreciaciones distintas no son ni serán obstáculos para salir más unidos de esta Conferencia.

El Documento principal llama la atención acerca de los métodos que pone en práctica el imperialismo, que van desde la persecución y la violencia abierta contra los pueblos hasta las maniobras dirigidas a descomponer desde dentro el movimiento obrero, pasando por la demagogia y la utilización del reformismo burgués, según los casos.

El saldo de sangre y luto que ha dejado en América Latina la repudiada y fracasada gira del magnate petrolero Rockefeller, los obreros y estudiantes muertos durante los últimos días en las calles de Tegucigalpa, Guayaquil, Córdoba y otras ciudades del continente y los asesinatos y represiones en Haití y Guatemala, denunciados en esta Conferencia — además del genocidio de Vietnam, naturalmente—, testimonian que los imperialistas y sus esbirros no reparan en medios en su lucha contra los pueblos. El imperialismo sabe muy bien —y ciertamente no se equivoca— que los comunistas somos sus enemigos jurados y que la causa que abrazamos es su muerte. De ahí que se dedique principalmente a combatirnos. Donde no puede hacerlo a punta de tiros y carcelazos, recurre a prácticas más refinadas. Hace funcionar contra nosotros toda su máquina publicitaria. Y hay que reconocer que realiza esa labor en forma cada vez menos burda.

Ya no pueden sostener que los comunistas nos comemos los niños. Ahora inventan otras patrañas. Presentan a nuestros partidos como fuerzas conservadoras o tradicionales, estimulan a los grupos anticomunistas de diferentes pelajes que tratan de aparecer como más revolucionarios que los comunistas. Divulgan las teorías de Marcuse y otros ideólogos que se dedican a calumniar a la clase obrera, a declararla envejecida, a sostener que se integra al status capitalista y que ha dejado de ser una clase revolucionaria.

De acuerdo a esos mismos teóricos, la principal fuerza motriz de la revolución sería la juventud o el campesinado. De este modo, no sólo pretenden sembrar confusiones, sino contraponer los campesinos a los obreros, la juventud al proletariado, el llamado poder joven al de la clase obrera y sus aliados, y reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones.

Paralelamente, en varios países de América Latina, los imperialistas patrocinan o prestan apoyo a movimientos sedicentemente revolucionarios que se presentan como alternativa frente al comunismo. Es, por ejemplo, el caso de la Democracia Cristiana, que llegó al Poder en Chile con el rótulo de la "revolución en libertad" y que no ha hecho por cierto revolución alguna.

Varios camaradas han denunciado aquí el carácter reaccionario del anti-sovietismo. Este ha sido una constante del imperialismo. Lo singular es que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, trata de meterlo de contrabando en el seno mismo del movimiento comunista, sobre todo después de las discrepancias planteadas por la dirección del Partido Comunista de China, que ha llevado el anti-sovietismo a extremos que serían increíbles si no los viéramos con nuestros propios ojos y cuya enérgica condena, basada en hechos objetivos, está llamada a producir un esclarecimiento indispensable con vistas a la cohesión de todo el movimiento comunista, y no a entorpecer o hacer imposible esta meta. En nuestra patria los agentes a sueldo de la embajada yanqui, los politicastos reaccionarios y hasta ciertos políticos burgueses que no pueden ser colocados en el mismo plano, machacan incesantemente sobre la supuesta dependencia de nuestro partido respecto del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Tal cual dijo el camarada Rochet, los Partidos Comunistas son independientes e iguales en derechos y no hay ni podría haber partidos dominantes y partidos subordinados, como tampoco uno o varios centros dirigentes. Cada cual elabora su propia línea política. De esta verdad hemos dado y damos pruebas cotidianas los comunistas chilenos. Pero los reaccionarios de nuestras tierras siguen con el ritornello de la supuesta dependencia. Se afanan en buscar puntos débiles en nuestras filas, sentimientos de nacionalismo estrecho. Su objetivo es arrancar de nuestro partido declaraciones y actitudes antisoviéticas. Pero en esto se han pisado y se pisarán la huasca.

Estimamos como una posición de principios la condena del anti-sovietismo. A uno puede o no gustarle el vodka y estar o no de acuerdo con una u otra opinión de los camaradas soviéticos. Pero no se puede desconocer el hecho de que la Unión Soviética es el baluarte de la causa de los pueblos y que el papel que ella y su partido han jugado y juegan en la historia de este siglo es el más decisivo de todos.

Sin la existencia de la Unión Soviética, de su poderío económico y militar, de su peso político en el mundo de su lucha diaria contra el imperialismo, serían inconcebibles los grandes éxitos que han logrado los pueblos y las perspectivas revolucionarias que hoy se abren en el mundo entero.

Por otra parte, cómo no estar de acuerdo con el enfoque realista, concordante con la práctica, que ha hecho el camarada Brézhnev en su intervención del sábado. Esta

coincidencia de apreciación se basa, por cierto, en nuestra propia experiencia y en un análisis objetivo de la situación actual.

Los Partidos Comunistas son profundamente nacionales y, al mismo tiempo, internacionalistas. Al fundador del Partido Comunista de Chile, el camarada Luis Emilio Recabarren, obrero gráfico, el pueblo chileno le ha levantado monumentos en las plazas de la capital y otras ciudades, y no pocas calles y poblaciones llevan su nombre. El propio jefe de la Iglesia Católica lo ha invocado, durante una solemne ceremonia religiosa en celebración de la independencia nacional, junto a los tres o cuatro más grandes Padres de la Patria.

Como patriota consecuente, Recabarren fue también un eminente internacionalista. Su condenación de la primera guerra imperialista, su actitud de resuelto apoyo a la Revolución de Octubre y sus escritos sobre la misma, en los difíciles años del comunismo de guerra; su condición de cofundador del Partido Comunista de la Argentina, junto a Victorio Codovilla y a Rodolfo Ghioldi, que preside esta reunión, y su repudio al chovinismo contra el Perú, país con el cual el nuestro tuvo problemas fronterizos, hablan elocuentemente de tal definida posición de principios.

Nuestro partido y la clase obrera chilena se han educado en esta tradición de fundir en un todo la defensa del interés nacional y el internacionalismo proletario. En este aspecto y en este sentido —guardando las debidas proporciones— podríamos decir lo que Maiakovski expresaba en relación a Lenin, o sea, en nuestro caso, cuando decimos partido, entendemos Recabarren; cuando decimos Recabarren, entendemos partido. El patriotismo y el internacionalismo son elementos que se complementan entre sí, son consubstanciales, no pueden divorciarse para los comunistas ni plantearse en términos de contradicción. La lucha de la clase obrera es nacional por su forma e internacionalista por su contenido. Y es claro que, como se dice en el Documento principal, el primer deber internacionalista de los comunistas es derrocar a la burguesía de su propio país.

Ello es posible en nuestro tiempo, si en el fuego de la lucha de clases se articulan los factores nacionales e internacionales; si se une el combate de cada pueblo al combate de todos los pueblos contra el imperialismo.

Como conclusión de lo anterior, estimamos absolutamente necesario que el Documento principal se apruebe en toda su estructura, manteniendo sus formulaciones de principios, pues la lucha contra el imperialismo, el desarrollo de la acción común de los Partidos Comunistas, sólo pueden adquirir el vigor revolucionario que se requiere cuando se cimentan sobre bases ideológicas fundamentales, so pena de reducirse a estrechas concepciones pragmáticas.

Camaradas:

Nunca como ahora existen posibilidades reales para aislar al enemigo y unir en su contra a las más vastas fuerzas revolucionarias progresistas. Más allá de la clase obrera y más allá de los comunistas, nuevos destacamentos se suman al combate. Vastas capas medias de la ciudad y del campo, la juventud y la intelectualidad irrumpen a la lucha social contra la injusticia y los crímenes inherentes al capitalismo. Buena parte de estos sectores sociales demuestran verdadero espíritu revolucionario, suelen utilizar en sus batallas los métodos de la clase obrera, establecen la unidad de acción con los comunistas y se plantean como objetivo el socialismo. Tal tendencia se ha hecho más patente en América Latina después del triunfo de la Revolución Cubana. Los deseos de cambio anidan tan profundamente en la conciencia y en el corazón de nuestros pueblos que impulsan a masas católicas cada vez más amplias a incorporarse a la lucha y hasta la jerarquía eclesiástica sufre crisis de una magnitud antes desconocida. Es claro que

todo lo que reluce no es oro. En tales sectores sociales encontramos también reservas y prejuicios anticomunistas, posiciones vanguardistas de grupos, ideologías extrañas.

¿Qué actitud asumir frente a estos hechos o fenómenos nuevos que surgen en nuestros días y que hacen más complejos los procesos sociales?

A nuestro entender, todo esto forma parte del crecimiento de la lucha de los pueblos; en último término, no es sino resultado de la profunda crisis del capitalismo, de la influencia del mundo socialista y de la actividad de los Partidos Comunistas. Tenemos, pues, a este respecto una actitud positiva y una disposición abierta.

El Partido Comunista de Chile es de composición fundamentalmente obrera y se enorgullece a la vez de contar en sus filas con un apreciable número de intelectuales y estudiantes, de hombres y mujeres procedentes de todos los sectores de nuestro pueblo. Nos esforzamos por establecer el diálogo y la acción común con las masas de los diversos sectores populares, manteniendo una actitud receptiva a sus opiniones constructivas y atentas a ahondar en los fenómenos nuevos. No consideramos que esta conducta sea antagónica con la firmeza de principios o que para trabajar con estas masas tengamos que entrar por el terreno de las concesiones ideológicas.

La conjugación de la firmeza de principios con la amplitud en el trabajo, de la defensa más enérgica del interés nacional con el internacionalismo proletario no ha debilitado a nuestro partido, sino que lo ha fortalecido. Es nuestra experiencia.

A pesar del anticomunismo, constituimos la primera fuerza del movimiento obrero. En el último Congreso de la Central Única de Trabajadores, que agrupa a todos los obreros y empleados organizados del país, los tres mil quinientos delegados que a él concurrieron eligieron una dirección en la cual están representadas todas las corrientes y hay mayoría comunista. Ha aumentado la influencia de los comunistas en el campo en términos que transforman en una posibilidad real la alianza obrera y campesina. En la juventud obrera y estudiantil hemos pasado a ser la primera fuerza. Lo somos también, desde hace tiempo, entre los escritores y artistas, así como en las dos principales universidades. En las últimas elecciones parlamentarias hemos recibido más del 16% de los sufragios y casi en un tercio de las provincias más del 20%. Elegimos 22 diputados y 6 senadores en un total de 150 y 50, respectivamente.

En los últimos cuatro años, bajo el Gobierno demócrata cristiano, trabajando en condiciones políticamente difíciles, haciendo frente a adversarios que pelean en nuestro propio terreno, en el seno de las masas populares, hemos logrado aumentar en un 83% los efectivos del partido. Es claro que todavía necesitamos resolver muchos problemas de la construcción de un Partido Comunista de masas, tanto desde el punto de vista de su crecimiento como de su capacidad ideológica y política para enfrentar a un enemigo interno ducho que, por cierto, tiene todavía grandes reservas y cuenta con el apoyo decidido del imperialismo. La dirección principal de nuestra política es sellar la unión de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas con vistas a generar un gobierno del pueblo que realice las transformaciones revolucionarias que se hallan en el orden del día, con la perspectiva del socialismo.

No son pocas las dificultades que encontramos en la aplicación de esta política. Aparte de la acción frontal del enemigo de clase, ella choca en la izquierda tanto con posiciones sectarias como con tendencias al reformismo burgués y al oportunismo de derecha. La alta votación lograda por nuestros camaradas de Francia, que levantan la bandera de la unidad combativa de su pueblo, en contraste con el vergonzoso fracaso electoral de los divisionistas de la Izquierda, pensamos que contribuirá a aclarar en nuestro país la necesidad suprema de la unidad de todas las fuerzas populares. Esta es tanto o más necesaria en Chile cuanto que allí no se puede dejar de tener en cuenta que además de

derrotar a los enemigos internos, hay que detener la mano intervencionista del imperialismo y las provocaciones de los regímenes gorilas reaccionarios amamantados por el Pentágono.

Camaradas:

La unidad de acción contra el imperialismo es un imperativo de esta hora. Para los pueblos latinoamericanos se trata de un asunto claro como el agua puesto que toda la historia de este siglo está jalonada en el continente de intervenciones descaradas del imperialismo yanqui, incluso armadas, y para citar sólo las últimas, ahí están la fracasada invasión a Cuba, el desembarco de marines en Santo Domingo y hoy las sanciones económicas y las amenazas de diversa índole contra el Perú.

Presentamos varias enmiendas al Documento principal en la reciente reunión de la Comisión Preparatoria.

Algunas fueron acogidas, otras no. Por esto último no estamos ofendidos. Nos parece natural que no se puedan acoger todas las sugerencias que se formulan. En la Comisión Redactora y en los plenarios de esta Conferencia no vamos a insistir en ellas, aunque hay algunas formulaciones que preferiríamos hubiesen sido expresadas de otra manera, como la relativa a las vías de la revolución. En nuestro caso, y desde hace tiempo, hemos dejado de hablar de vía pacífica o no pacífica para plantear este asunto en términos de vía armada o no armada. Para expresarnos con precisión, no es lo más adecuado llamar pacífica a una lucha como la que se realiza en Chile —y creemos también que en otros países— donde los trabajadores y las masas populares recurren a menudo a huelgas de tipo nacional, ocupan fábricas, toman terrenos para levantar viviendas y llevan a cabo constantes manifestaciones callejeras que generalmente chocan con la policía. De este modo, muchas de las conquistas del pueblo se logran o defienden al precio de la vida y de la sangre.

Estamos completamente seguros de que esta Conferencia abrirá paso a nuevas y más altas acciones comunes contra el imperialismo. Creemos que todos estamos de acuerdo en que una mayor cohesión del movimiento comunista será fruto de un proceso en el cual jugarán su papel las acciones conjuntas, los encuentros bilaterales o multilaterales, el estudio en común de problemas concretos y, por cierto, el tiempo.

En la medida de nuestras posibilidades, nos empeñamos en poner en práctica estos propósitos. Los encuentros que hemos tenido con diversos partidos, incluso de Europa, han sido útiles para nosotros.

Es nuestra intención perseverar en el intercambio de opiniones, en la posibilidad de concertar acciones comunes con todos los partidos que asisten a esta Conferencia y con los que sea posible de los que no asisten. En particular deseamos estrechar vínculos con todos nuestros hermanos de América Latina y, desde luego, con el Partido Comunista de Cuba.

Cuando los propagandistas del capitalismo hablan del "crepúsculo de las ideologías", pretendiendo así que el pueblo renuncie a su pensamiento revolucionario y pueda ser atrapado en las redes del conformismo y la resignación con las injusticias de la sociedad burguesa, cuando se proclama la monserga de que el proletariado pierde su perfil definido y se borran las fronteras entre las clases sin necesidad de reemplazar el sistema, surge con más fuerza la necesidad de mantener vivo y puro el fuego de la ideología proletaria, del marxismo-leninismo, y de penetrar con su verdad en los nuevos procesos de una vida que no es precisamente estática y de una historia que marcha con rapidez vertiginosa. Estamos seguros de que la celebración del centenario de Lenin nos reafirmará a todos en la aplicación creadora de sus enseñanzas y será un nuevo factor en

el proceso de la unidad del Movimiento Comunista Internacional y de la acción común antiimperialista de todos los pueblos.